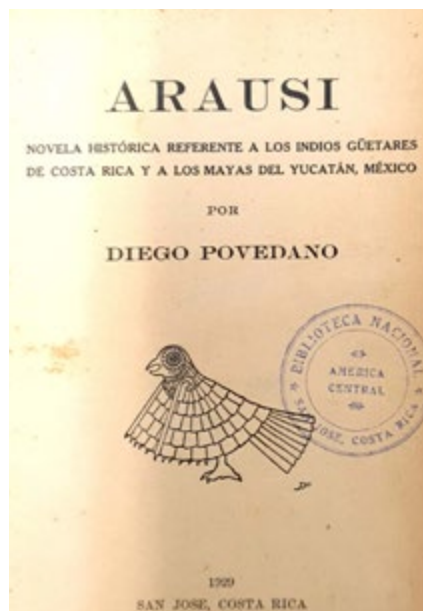


Diego Povedano



Un capricho. Realizar una entrevista imaginaria con *Arausi*, la doncella india que sonríe al través de las sugestivas páginas de la novela historia que, con el mismo nombre, escribió el admirable Diego Povedano. Al darse cuenta de que yo sentía cierto temor ante el hermoso tigre que la acompañaba, colocó la mano izquierda sobre la cabeza del arrogante animal. Dirigió, luego, la diestra hacia el pecho. Quería sujetar la piel que llevaba cruzada a la espalda, una de cuyas garras pasaba sobre el hombro; la otra bajo el brazo.

-Hace días, meses, que te buscaba princesa de la sonrisa que, sin esfuerzo alguno, hace renacer la esperanza.

Volvió -hacia mí sus grandes ojos negros, bellos ojos de gacela confiada. En seguida, me preguntó: ¿Y con cuál objeto deseaba verme?

-Eres el símbolo de una raza admirable. De tus labios deliciosos quiero escuchar cuanto a la vida tuya se refiere.

-¿Y no te basta el relato que, en forma artística, hizo de mis andanzas ese estudioso de las cosas idas que se llamó Diego Povedano?

-Su relato interesante y bello es el que hacia ti me ha traído.

-¿Te llama la atención un amor como el mío? ¿Un amor que, al hombre preferido, le sirvió siempre de talismán en cualquiera de los conflictos en los que Pudo encontrarse? ¿Cómo se comprende que no posees la verdadera sabiduría! Con razón sois débiles, vosotros, los blancos, pues os falta fe. Dais sitio preferente a los pequeños sentimientos haciendo a un lado los infinitos ideales de la raza.

-No discurrías así, al principio. Cuando afirmabas, con razón o sin ella que es el amor fuente de todo mal para las gentes que desean expansión y triunfo.

-Lo dije cuando aún no conocía a Surabta. Al que llevaba el relámpago en la mano. Al que puso el fuego en mi corazón.

-Cambiaste fácilmente: como acostumbraban hacerlo las mujeres.

-Ingrato eres con todas ellas. En lo que a mí se refiere, debes comprender que me obligó a cambiar mi manera de definir el amor, la mirada noble de mi Surabta.

La generosidad suya lo hizo permanecer en la sombra ahogando los anhelos de su pasión. Alentaba su espíritu amistad verdadera hacia Sectara, el otro capitán del cacique, para quien significaba mí cariño el más alto de los honores.

Sin embargo, a pesar de todo, el hombre amado por ti prefirió despreciar tu inefable compañía. ¡Quiso unirse en matrimonio con la reina de los caprichos, con la Princesa Colibrí!

Rápida como el rubor, dijo: -Surabta sacrificaba su grande amor en aras de un deber desconocido. Ese doble martirio nuestro fue necesario. Era preciso dar un golpe mortal a la tradición. Toda crueldad. Vi al amado forcejeando ante encontrados pensamientos. Fui yo quien lo condujo hacia la renuncia ingrata: sabía que era capaz de todo sacrificio.

- ¡No te quería! Más le interesaban sus querellas de guerrero, sus ambiciones de medidas, sus...

- ¡Calla si no quieres que enderece hacia ti los ojos amenazantes de este tigre, menos cruel que tus palabras! Aprende a llevar el pensamiento. A curar las almas enfermas para que surjan limpias y poderosas.

- ¿Lo juzgabas, entonces, enfermo del espíritu?

- Al hablar como acabo de hacerla, me refería a los otros. Debes saber que ni el más sagaz de los animales de mi selva le gana en maldad a la bestia humana, contra la astucia, contra los celos de los hombres, luchamos ambos. Quisimos terminar con los bárbaros sacrificios humanos que tanto enloquecían a la raza viceita en medio de la cual mi suerte, no ingrata, me obligó a vivir.

-¿Y lo lograsteis?

-¡Nada hay imposible!

- ¿Os sentisteis capaces de modificar, de pronto, en un pueblo, costumbre de raíces tan profundas y de frutos tan codiciados?

-No siempre la tierra virgen es la más propicia para la siembra -contestó con voz honda.

- ¿Y cuál fue el arma usada?

- La que sirve a todas las mujeres nobles; ¡el amor!

¡Salió el amor! - dije con acento que deseaba ser hiriente.

-¡No hay nada que purifique tanto como el sufrimiento! -me contestó sin hacer caso a mi insinuación.

-¿Así es que el amor, tú lo afirmas, es sufrimiento?

-La vida fecunda, para serio, debe deslizarse entre alegrías y entre dolores. Yeso es el amor verdadero. ¡Recuerda; parece que ya lo has olvidado; recuerda que si los mundos nacieron fue tan solo al influjo de una palabra de amor de los dioses!

Pero vuestra pasión que tantas alternativas sufrió, nunca habría de alcanzar...

-Hablas porque no has leído con la atención que se merece, la novela admirable en la que Diego Povedano, ese inquieto hijo de la inquieta Sevilla, hace el relato de toda mi existencia. Léela con cariño como con intensa veneración fue escrita. Verás allí, cómo, en estas tierras vírgenes del centro del mundo cayeron los dioses sanguinarios. Entonces dirás, en íntimo recogimiento: dichosos los que sufren por el bien de los demás.